

Rezar por los débiles y los fuertes



Cuando Jesús instituyó la Eucaristía en la Última Cena, alzó el pan y el vino como dos elementos en los que hacerse especialmente presente entre nosotros. Desde entonces, hace ya más de 2000 años, los cristianos que celebramos la Eucaristía utilizamos las mismas dos cosas, el pan y el vino, para pedir a Cristo que bendiga este mundo y traiga a nuestro mundo la presencia especial de Dios. ¿Por qué dos elementos? ¿Por qué pan y vino? ¿Qué realidad representa cada uno?

Siempre me ha parecido especialmente significativa esta reflexión de Pierre Teilhard de Chardin. Comentando por qué se ofrecen tanto el pan como el vino en cada Eucaristía, dice lo siguiente: "En cierto sentido, la verdadera sustancia que se consagra cada día es el desarrollo del mundo durante ese día: el pan simboliza adecuadamente lo que la creación consigue producir, el vino (la sangre) lo que la creación hace que se pierda en el agotamiento y el sufrimiento en el curso de ese esfuerzo".

Hay aquí una lección importante sobre cómo se nos invita a entrar en la Eucaristía y a rezarla. Cuando Jesús dijo: mi carne es alimento para la vida del mundo, quiso decir precisamente eso. Quería decir que nuestra oración, en particular la Eucaristía, tiene que abarcar nada menos que el mundo, el mundo entero y todo lo que hay en él. Y eso es mucho pedir porque, como sabemos, nuestro mundo es un lugar patológicamente complejo, mixto, bipolar, diferenciado; un lugar lleno de buenos y malos, jóvenes y viejos, sanos y enfermos, ricos y pobres, poderosos e impotentes, triunfos y derrotas, vida y

muerte. Hacer de la carne de Cristo un alimento para la vida del mundo significa poner muchas cosas en manos de la bendición de Dios, y eso no siempre nos resulta natural.

Tal como la instituyó Jesús, la Eucaristía tiene que ser una oración que abarque el mundo entero y todo y a todos los que lo componen. Tiene que ser una oración por los pobres, los ancianos, los enfermos, los que sufren, los impotentes y por todos los que son víctimas (incluida la madre tierra), al igual que tiene que ser una oración por los ricos, los jóvenes, los sanos y los poderosos. En la Eucaristía, tenemos que rezar por los que están en nuestros hospitales y por los que rebosan salud. Tenemos que rezar por la mujer o el hombre que se está muriendo, al igual que rezamos por el joven atleta que se prepara para competir en los Juegos Olímpicos. Y tenemos que rezar por los refugiados que se encuentran en nuestras fronteras, así como por quienes elaboran las leyes relativas a nuestras fronteras. Como dice Teilhard de Chardin, debemos sostener en la oración lo que la creación consigue producir y lo que la creación hace que se pierda en el agotamiento y el sufrimiento en el curso de ese esfuerzo.

Como sacerdote católico romano, tengo el privilegio de presidir la Eucaristía y, siempre que lo hago, intento ser consciente de las realidades separadas que simbolizan el pan y el vino. Cuando levanto el pan, trato de ser consciente del hecho de que estoy sosteniendo para la bendición de Dios todo lo que está sano, creciendo en la vida, y se está celebrando en nuestro mundo de hoy. Cuando levanto el vino, intento ser consciente de que estoy pidiendo la bendición de Dios para todo lo que está siendo aplastado, está sufriendo y está muriendo hoy, mientras la vida en esta tierra avanza.

Nuestro mundo es un lugar grande y en cada momento, en algún lugar del planeta, nace una nueva vida, una vida joven echa raíces, algunas personas celebran la vida, otras encuentran el amor, otras hacen el amor y otras celebran el éxito y el triunfo. Y, mientras todo esto sucede, otros pierden la salud, otros mueren, otros son violados y violentados, y otros son aplastados por el hambre, la derrota, la desesperanza y el espíritu quebrantado. En la Eucaristía, el pan habla por los primeros, el vino por los segundos.

Hace unos días, presidí la Eucaristía en el funeral de un hombre que había fallecido a los noventa años. Celebramos su fe, lloramos con su familia, resaltamos el don que fue su vida, intentamos beber del espíritu que dejó, le dijimos adiós con un ritual lleno de fe y le enterramos en la tierra. El vino que consagramos ese día en la Eucaristía simbolizaba todo esto, su muerte, nuestra pérdida y las muertes y pérdidas de personas de todo el mundo: la presencia de Dios con nosotros en nuestro sufrimiento. Poco después, me encontraba en una casa llena de la vitalidad y la energía juvenil de tres niños pequeños de cinco, dos y ocho meses. Pocas otras cosas en este planeta refrescan tanto el alma como la vida joven. No hay ningún medicamento antidepresivo en este planeta que pueda hacer por nosotros lo que hace la energía de un niño pequeño. Cuando volví a sostener el pan en la Eucaristía, fui más consciente de lo que ese pan simbolizaba: energía, salud, belleza, vida joven, vitalidad, la alegría y el resplandor de Dios en este planeta.

Ron Rolheiser

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org/articulo/rezar-por-los-debiles-y-los-fuertes